

sar aquí, mientras su marido de vm. trae una zambra, con sus : adelante.... apunte?...

— No me ocupo absolutamente de semejante cosa.

— ¿Y qué ha hecho vm. del señor Dalville?

— ¿Yo? nada.

— Yo lo creia con vm...

— ¿Connigo?

— Cuando me han abandonado vms. en el columpio, ¿no se lo ha llevado vm. consigo... dejando en su lugar al amable Monin cuya sociedad es tan divertida?

— Al momento me ha dejado Augusto; se habrá ido á dar una vuelta por el pueblo.

— Sabe vm., mi querida, que no he

reconocido al señor Dalville segun el retrato que me habia hecho vm. de él. Desde luego decia vm. que no era cosa, que tenia el aire comun.

— ¡Ah! yo no he dicho comun... lo juro á vm.

— Que no tenia buen tono... que era un libertino, un mal sujeto, un hombre cuyas visitas podian comprometer á una mujer.

— ¡Ah! mi querida, vm. exajera...

— ¡Perdone vm. ha dicho todo eso!... me habia vm. hecho un retrato horrible... A mí al contrario me parece muy bien... ¡me acomodan mucho sus maneras!...

— Es una dicha para él, señora....

— ¡Pero bien! ¿qué está vm. ha-

ciendo? se pone vm. la cintura al reves...

— ¡ Ah! es cierto, padezco distracciones.

— Quiere vm. que le ate el vestido, querida mia.

— Gracias... me visto yo misma.

En aquel momento el ruido de alguna cosa que se apoyaba contra la ventana hizo estremecer á Emilia: — ¡ Qué es eso! dijo.

— Yo creo que es en ese gabinete, en que sin duda se ha caido alguna cosa.

— No, señora, el ruido no ha venido de ese gabinete..... ha sido en la ventana.

Se asomaron las damas y vieron al señor Destival que acababa de arrimar

una escala á la ventana del cuarto de su mujer.

— Qué es lo que va vm. á hacer, señor, dijo madama Destival con espanto, que quiere decir esa escala... ese desorden.

— Mi querida amiga, ya sé todas las evoluciones posibles, mo me falta mas que subir al asalto, ese es el complemento, segun lo que dice Bertrand, y es lo que va á enseñarme. Vms., señoras, están en la fortaleza, vms. representan los enemigos... Vms. nos rechazarán, pero entraremos en la plaza á pesar de eso.

— ¡ Qué significa esa extravagancia, señor?..

— Digo que este es el complemento, señora... Vamos, Bertrand..... una..... dos... á paso de carga, ¿ no es así?....

— Yo no quiero que suba vm. al asalto, señor; Bertrand, hágame vm. el favor de quitar esa escala. ¡Está vm. loco! se sube al asalto para cojer un lobo.

— No se sabe lo que puede suceder, señora.

— Lo que yo sé es que no subirá vm. á mi cuarto.

Al decir esto, cerró madama Destival su ventana con violencia, y sacó á madama la Tomasiniere fuera de su cuarto diciéndole.

— Bajemos, querida mia, bajemos, se lo suplico á vm. porque con su ejercicio, nos pondrán la casa lo de arriba abajo.

Se presentaron las damas en el terrado, en donde el señor Destival tenia

siempre su escala que en vano queria quitarle Bertrand. El hombre de negocios estaba decidido á subir á alguna parte. ¡Eh! ¡Dios mio! si es absolutamente necesario que asalte vm. alguna cosa, que sea algun arbol del jardin y no mi cuarto.

Adoptó Bertrand esta idea, y Atalia empeñó á aquellos señores á que asaltasen el arbol en que estaba el sombrero de paja del señor Monin; fueron pues junto al columpio, y hallaron al ex-farmacéutico rodeando con sus brazos cortos y gruesos el arbol, á que deseaba subir, y no podia llegar á levantarse mas de tres pulgadas del suelo.

La vista de la escala hizo dar un grito de júbilo á Monin, que se deshizo en expresiones de agradecimiento, no du-

dando que el objeto de aquella maniobra era el volverle su sombrero ; pero el señor Destival quiso cojer su trofeo con la bayoneta, y la punta de su arma atravesó el sombrero que era de un tejido de paja delgado. Bertrand gritó : bravo, Monin hizo un gesto, las damas se rieron, y Augusto llegó para ser testigo de aquel cuadro.

Dirigió Augusto una sonrisa muy expresiva á madama la Tomasiniere, y un saludo bastante frio á madama Destival... Yo no sé si el lector adivinará la causa, pero aquellas señoras no se equivocaron en ella. — ¿Viene vm. del pueblo, caballero? dijo la petimetra enseñando sus bonitos dientes.

— Sí, señora... he dado un paseo... instructivo... he adquirido algunos co-

nocimientos nuevos... y espero sacar algun provecho de ellos.

La comida está en la mesa, dijo un hombrecillo flaco y amarillo, acudiendo con la servilleta debajo del brazo. Era Bautista, el criado de la casa, que servia al mismo tiempo de limpia-suelos, de cocinero, de lacayo, de volante y de mayordomo, esperando á que el señor Destival montase su casa. Estaba Bautista muy descontento y decia á cada paso á Julia que no queria estar en una casa en que le precisaban á hacer un servicio de caballo.

— Di que se ha servido la comida, Bautista... ; Este bellaco no se formará jamas!... Vamos, señoras, á la mesa... ; Ouf! ya lo he ganado bien... Hoy he maniobrado terriblemente... Oiga vm.,

Monin, he aquí su sombrero de vm. ¿Ha visto vm. cómo se lo he cojido?

— Lo que ha hecho vm. ha sido agujerármelo, dijo Monin, mirando el fondo de su sombrero taladrado.

— ¡Ah! ¿qué quiere vm.? ¡en el fuego de la accion!... la bayoneta hácia adelante... Una, dos, ¿no es verdad Bertrand? Pero ya las señoras han marchado... Vamos á atacar á la comida ahora; cuento con abrir una terrible brecha.... Bertrand, vaya vm. á buscar á Julia que lo cuidará bien.

Se fué Bertrand á la repostería, y Monin despues de haber procurado juntar las pajas para tapar el agujero hecho en su sombrero siguió á su huesped al comedor.

Estaba ya todo el mundo en la mesa

cuando el señor Destival exclamó: — Y bien: ¿y el señor la Tomasiniere? ¿falta todavía!

— ¡Ah! es cierto, ¡no me acordaba ya de mi marido! dijo Atalia sonriendo á su vecino, que era Augusto, colocado entre las dos señoras. ¡Oh! no hay que esperarlo.

— Eso es muy desagradable, ¿adonde diablos ha ido?... ¿Si se habrá extraviado en el bosque de Bondi?...

— Pues es muy peligroso, dijo Monin, fijando su servilleta en el ojal, se dice hay en este momento una banda de ladrones que...

— Si yo dijese á sus tres lacayos de vm. que hiciesen una batida por los alrededores... ¿Qué pensaria vm., señora?

— ¡Eh! no, señor, suplico á vm. que no

se ocupe de mi marido. Yo aseguro que él parecerá. No tengo el menor cuidado.

—Puesto que la señora no tiene cuidado, dijo madama Destival mordiéndose los labios, me parece que no debemos tenerlo nosotros. Segun eso podemos comer.

— Ea pues comamos. Una, dos, á la sopa y por el flanco izquierdo á la olla.

— ¡Ah! señor, ¿no nos va vm. á hablar sino por una, dos?...

— Ya ve vm., señora, hoy he tomado mucho gusto á la milicia... ¡Es hermoso el tenerse un hombre bien derecho!... con el cuerpo alineado. Deme vm. las legumbres... Su Bertrand de vm. está muy ducho, conoce á fondo su arte.... Vaya, ¡qué demonio! como maneja un

fusil! Me ha dicho que estaba contento conmigo. Tres ó cuatro lecciones mas y espero.

— Yo esperaba que sabia vm. ya bastante.

— Señora, un hombre no podrá conocer demasiado el manejo de las armas... ¡Yo quisiera ahora que viniese á atacarnos una cuadrilla de ladrones!

— ¡Les haria vm. hacer el ejercicio!

— No, señora, pero me aprovecharia de mis ventajas; al presente disparo cuatro tiros en menos de cinco minutos.

— Yo no sabia eso, señor.

— ¡Oh! hay en esto cosas muy sorprendentes... En fin mire vm. á Monin, no ha hecho mas que escucharnos un momento, ¡pues bien! vea vm. como se presenta mejor que esta mañana.

— Es cierto, dijo Monin, levantando en el aire un nabo, y llevándolo á la boca como si lo pusiese en un cañon de fusil, que el ejercicio forma al hombre, y luego voy á decir á vm....

Interrumpió á Monin el arribo de la Tomasiniere, que llegaba sin aliento porque el especulador habia echado un largo sueño bajo los árboles, y al despertarse, se le figuró que podrian muy bien comer sin él.

— ¡ Ah ! ¡ ya está vm. aquí, hombre terrible ! dijo Destival.

— Perdonen vms. he tardado..... es cierto..... pero he escrito á lo menos diez cartas desde que me he separado de vms.

— ¿ Y por qué no las ha escrito vm. aquí?...

— Ya ve vm., estaba tan de priesa... que he entrado en el primer sitio que he encontrado.

— Vamos, colóquese vm. ahí, junto á madama Destival...

— ¡ Oh ! yo los alcanzaré á vms. muy pronto.... y luego que yo no como del cocido, eso es malo, ¡ cocido !... eso no vale un diablo.

Se sentó el señor La Tomasiniere mirando á Augusto con cierta sorpresa, porque no le habia dirigido mas que un ligero saludo de cabeza, y continuaba comiendo sin ocuparse de él, lo que incomodaba mucho al recién llegado, que queria llamar siempre la atencion.

Dalville empero habia conocido al primer golpe de vista qué hombre era el señor La Tomasiniere. Los necios tie-

nen la ventaja de que se les juzgue en muy poco tiempo, mientras que por lo comun se necesita mucho para apreciar á los hombres de talento.

Fué la comida bastante alegre, gracias á Augusto y á su vecina de la izquierda, que decian mil locuras, y parecian estar bastante dispuestos á hacerlas. El ama de casa comia poco; Monin lo hacia muy bien, el señor Destival no acometia á los platos sino en doce tiempos, y punzaba un rabanito como si su tenedor fuese una bayoneta. En cuanto al señor La Tomasiniere, notando que Dalville no queria absolutamente ocuparse de él, trató de darse importancia disertando acerca de los platos. La gallina estaba muy cocida, los guisantes eran demasiado abultados, la ensalada

muy cargada de vinagre, y el vino de Beaune demasiado verde. Era en verdad un convidado muy amable el tal La Tomasiniere; pero un hombre muy rico no debe parecer nunca satisfecho de lo que le presentan en la mesa. ¡No faltaba mas! eso haria pensar que jamas habia comido cosa buena.

Era ya de noche cuando estaban en los postres, porque se habian puesto tarde á comer. Se habia cargado el cielo de nubes; el calor se aumentaba, y los relámpagos que de tiempo en tiempo surcaban las nubes anunciaban una próxima tempestad.

El señor Monin se daba prisa á comer su postre de queso, porque su mujer tenia miedo de los truenos, y le habia dado orden de estar á su lado siem-

pre que hubiese borrasca. La Tomasiniere preguntó si había algun pararrayos en la casa. Destival hizo cerrar todas las ventanas al primer trueno; y la vista de un relámpago le hizo olvidar el presentar las armas con su vaso. La petimetra manifestó que tenia mucho miedo á la tempestad, y ocultaba su cabeza en la espalda de Augusto, siempre que relampagueaba.

— ¡Diantres! ¡Diantres!... el tiempo se descompone, dijo Destival. Vamos, señores, un vaso de Champaña... esto disipa... y atolondra... ¡Bautista, ha cerrado vm. bien todo?

— Sí, señor.

— Tenga vm. mucho cuidado que no haya corriente de aire.

— Pero, señor, vm. nos hace ahogar.

— Señora, cuando truena, dicta la prudencia que se ciérre.

— ¿Y por qué no tiene vm. pararrayos? dijo La Tomasiniere; yo tengo tres en mi quinta, dos en la casa que habito en Paris y uno en mi otra hermosa casa de la calle de Buffaut.

— Sí, yo haré poner uno inmediatamente... Vamos, señores... los vasos, y marcha el tapon...

— ¡Ah! ¡Dios mio! dijo Atalia apretándose á Dalville, ¡qué miedo me ha dado vm. con su tapon!...

— ¿Parece que la espanta á vm. mucho la tormenta, mi querida amiga? dijo madama Destival con aire burlon.

— ¡Oh! infinitamente.

— Mi mujer tiene una extrema sensibilidad en los nervios.

— Tenga vm. cuidado, derrama vm. el vino, Destival...

— Ese diablo de relámpago me ha turbado la vista. ¿Le gusta á la esposa de vm.?

— Sí, á mí me gusta mucho el vino de Champaña... Suplico á vm. que le haga sacar mucha espuma, caballero.

— Tome vm., señora... Vamos, Dalville, acompañe vm. á la señora.

— Ya lo hace bien, dijo madama Destival con despecho.

— Y vm., señor Monin, alargue su vaso.

— ¡Ah! iba á decir á vm... es indispensable que yo me marche..... mi mujer tiene miedo de los truenos.

— ¡Eh! ¡ya sabe vm. que su mujer

está adobando pepinillos! que está ocupada.

— ¡Oh! cuando truena lo deja todo por envolverse en un cobertor de lana... y si yo no fuese á informarme del estado de su salud...

— ¡Oh! ¡oh! qué trueno... ha seguido inmediatamente al relámpago, cerca está el nublado...

— Si fuéramos á tocar la música, dijo el señor Destival echándose un tercer vaso de Champaña afin de recobrar su espíritu, me parece que no seria eso malo.... ¿Qué piensa vm. de eso, Dalville?

Se habia bajado Augusto para recoger el cuchillo que habia dejado caer por segunda vez debajo la mesa.

— El señor está hoy algo torpe, dijo

madama Destival levantándose de la mesa con impaciencia; yo creo que en efecto haremos bien en subir al salon.

Estalló en aquel momento el nublado, caia la lluvia á torrentes y el campo tomaba un nuevo aspecto. Todo el mundo se levantó, la petimetra se apoyó en el brazo de Augusto, porque la borrasca le habia quitado todas sus fuerzas. El señor La Tomasiniere que queria echarlas de sabio porque creia que los que lo rodeaban no sabian mas que él, se aproximó á una de las ventanas, declaró que la borrasca no seria *de consecuencia*, porque la atmósfera estaba muy hermosa porel poniente.

No pudo Augusto contener una lijera risa, que le hizo apretar mas fuerte el brazo de la trémula Atalia. El señor Des-

tival, que habia recobrado un poco su alegría desde que llovía, porque eso hace menos peligrosa la borrasca, mandó dar á la sociedad una media vuelta á la izquierda, y subió la escalera á paso acelerado. Monin quedó solo en el comedor, doblando la servilleta como lo tenia de costumbre, y al oír caer la lluvia decía para sí: — Lindamente lo hace... y yo no tengo paraguas... y mi sombrero que han agujerado justamente por el fondo... ¿cómo me voy á componer?

Despues de haber tomado dos ó tres polvos, se decidió nuestro hombre á dirijirse á Julia que acababa de pasar por la sala.

La siguió gritando: — Señorita... perdone vm.... ¿No podria vm.?...

Como Julia no respondia, llegó Monin

con ella hasta la cocina en donde Bertrand disputaba con Bautista y con los tres lacayos del señor La Tomasiniere, que no hallaban, como su amo, que el vino de Beaune fuese demasiado verde.

— ¿Si pudiese vm. prestarme un paraguas? dijo Monin.

— No lo tenemos aquí, respondió Julia con un tono seco.

— ¡Vaya! ¡un paraguas! dijo Bertrand, á quien el vino de Beaune había puesto de talante de hablar: ¡un hombre ha de usar semejante mueble?... ¡le he enseñado yo á vm. esta mañana á manejar un paraguas?...

Se echaron á reir los convidados, y Julia lo condujo suavemente hácia la puerta, diciéndole: — Caballero, no me gusta ver tanta gente en mi cocina, eso

me incomoda: por otra parte, este no es sitio propio para vm.

Cerró Julia la puerta y viéndose Monin fuera de la cocina se decidió á subir al salon, mientras que se pasaba la tormenta. Dalville y Atalia estaban al piano y cantaban un duo. El señor Destival jugaba al ecarté con el señor La Tomasiniere, y madama Destival, aparentando que miraba jugar, no dejaba escapar un ápice de cuanto pasaba junto al piano.

— Señores, tengan vms. muy buenas noches, dijo Monin al entrar despacio en el salon.

— ¡Qué! vecino, ¡no se ha marchado vm.!... yo lo contaba ya en su casa.

— No; voy á decir á vm... la lluvia...

— En tal caso venga vm. á jugar... Vaya, apueste vm. en mi favor y ganará.

— Pero ¿se puede apostar?

— Sí, aun hay tiempo.

— Vamos... pues bien... ¡pongo dos cuartos!

— Qué es eso... ¡dos cuartos! dijo La Tomasiniere en tono de desprecio... Pues qué, ¿juego yo jamas cobre?... sobre que es ya demasiado lugareño el jugar un peso... Quite vm. de ahí, eso está lleno de cardenillo...

— Señor mio, estos son mis dos cuartos... yo los apuesto...

— No los queremos.

— ¡Cómo! ¿he ganado ya?

— Vamos, yo voy á arreglar esto, di-

jo Destival sacando media peseta del bolsillo; pongo quince cuartos mas para completar la apuesta del señor Monin. Entonces juego yo tres pesetas y quince cuartos, y vm., querido mio, tres pesetas y media. ¡Ah! mi vecino es juicioso... sin embargo es muy rico... no le falta nada... tiene bien cubierto el riñon.

— ¿Cómo puede entonces proponer dos cuartos? eso es inconcebible... Triunfo, triunfo y triunfo..... vola.

— ¡Cómo! ¿qué quiere decir eso de vola? dijo Monin en voz baja á su vecino.

— Quiere decir que hemos perdido. Vamos al desquite. Pero, y vm., mada- ma Destival, ¿no hace vm. una apuesta?.....

— No, señor, prefiero el oír cantar...

— Eso no impide, señora, yo no pierdo una nota, aunque estoy jugando.....

— Ni yo, dijo La Tomasiniere. ¡Oh! yo soy como Caton, haria con mucha facilidad cuatro cosas á un tiempo.

— Mi buena amiga, ¿no tiene vm. aquí algun duo de Rossini? dijo Atalia haciendo correr sus dedos por el piano.

— Pero... yo no sé... creo que no.

— Me se figura sin embargo, señora, haber tenido el placer de cantar aquí algunos con vm...

— ¡Ah! ¡vm. se acuerda!...

— He aquí un duo de la *Urraca*, dijo Atalia que habia revuelto toda la

música que se encontraba en el piano; ensayémoslo.

— Triunfo y que pase el oro, exclamó el señor La Tomasiniere tomando el dinero que habia encima de la mesa.

— ¿Qué significa eso de : que pase el oro? preguntó Monin inclinándose al oído de Destival.

— Ya lo ve vm., eso significa que hemos perdido.

— Es que yo no conozco los términos del juego... de ese modo pierdo ya cuatro cuartos.

— Siga vm. poniendo.

— Permítame vm. primero que examine el tiempo... ¡Oh! todavía llueve muy recio... Estoy en juego.

— El señor está de suerte.

— Y luego yo manejo este juego de

una manera particular, dijo La Tomassiniere columpiándose en la silla.

— Yo creo jugarlo tambien bastante regularmente, respondió Destival mordiéndose los labios de cólera.

— Silencio, señores, que no se oye, dijo Atalia mientras que cantaba Augusto: *E cierto il mio periglio*. Y La Tomassiniere llevaba muy mal el compas con el pie, hablando entre dientes para hacer creer que entendia el italiano: ¡Muy lindo! ¡muy lindo! *bravi!*... *brava!*... *bravissimo!!!* Entonces se inclinó Monin hácia Destival diciéndole:

— ¿Quiere decir eso tambien que hemos perdido?

— ¡No, no!... ¿no entiende vm. que se canta en italiano?... Ese es un duo de la Urraca...

— ¡Ah! ¡es de la Urraca! repitió Monin dirijiendo los ojos á su alrededor y sacando su caja; ¿cómo es eso pues, mi vecino, que una Urraca haya hecho un duo?

— Mi querido Monin, dijo Destival de mal humor, no me hable vm. á cada momento, ya ve vm. que me hace perder...

— ¡Cómo! yo le hago á vm. perder sin jugar...

— Sí, sí... eso distrae..... siga vm. poniendo, ciertamente que yo no soy mal jugador: pero cuando se habla así...

— Es que tenemos en casa una Urraca que habla lindamente, y yo queria saber... Con estos pierdo ya ocho cuartos.

— ¡Y yo diez y seis pesetas!...